



de Historia de las *Vegas Altas*

Junio 2018, nº 11, pp. 2-19

EL ORIGEN DE DON BENITO: ENTRE LA TRADICIÓN ORAL Y LAS FUENTES ESCRITAS

THE ORIGIN OF DON BENITO: BETWEEN THE ORAL TRADITION AND WRITTEN SOURCES

Juan Luis Luna Seoane

jlunaseoane@gmail.com

Resumen

Este artículo es, con pequeñas modificaciones, la versión escrita de una charla impartida el pasado 26 de Abril, en la Casa de Cultura de Don Benito. El objetivo del mismo es abordar los oscuros orígenes de la aldea de Don Benito. Para ello, se examina una amplia selección de artículos y libros sobre dicha cuestión, ordenados por fecha de publicación. Este repaso a la bibliografía existente, sirve para responder a los numerosos interrogantes que plantea cualquier estudio de historia local. En este caso, además, nos encontramos con la dificultad añadida de la práctica inexistencia de documentos coetáneos a los hechos analizados. Por lo que resulta imprescindible el uso de fuentes secundarias.

A pesar de estos inconvenientes, el manejo de los estudios disponibles sobre el lugar de Don Benito, sobre la comunidad de villa y tierra de Medellín y sobre los dominios de la Orden de Alcántara, sirven perfectamente para lograr nuestro propósito. Que consiste en ir despejando incógnitas e ir planteando hipótesis útiles para futuras investigaciones. Estas verán su tarea facilitada con lo que ahora sabemos. La aldea de Don Benito se formó en las primeras décadas del siglo XIV, a partir de varias alquerías y caseríos preexistentes. Su fundación estuvo estrechamente relacionada con la cesión, a la Orden de Alcántara, de Aldea Nueva (de Medellín), en 1305. No vino impulsada desde el vecino Don Llorente. Lo más probable es que su peculiar antropónimo proceda del nombre del Obispo que fue elegido para ocupar la sede placentina, en 1332. Las fechas, los lugares y los diversos acontecimientos, encajan. Pero quedan, todavía, bastantes cosas por precisar y verificar.

PALABRAS CLAVES: Don Benito, Orígenes, Fundación, Bibliografía.

Abstract

This article is, with some minor modifications, the written version of a talk given the past 26 April, at the House of Culture of Don Benito. The objective is to address the dark origins of the village of Don Benito. To this end, examines a wide selection of articles and books on the subject, ordered by date of publication. This review of the existing literature, serves to answer the many questions posed by any study of local history. In this case, in addition, we find ourselves with the added difficulty of the practice absence of contemporary documents to the facts analyzed. So it is essential to use secondary sources

Despite these drawbacks, the management of the available studies on the place of Don Benito, on the community of villa and land of Medellín and on the domains of the Order of Alcántara, serve to achieve our purpose. That is to go clearing unknowns and go to pose useful scenarios for future research. These will see their task provided with what we now know. The village of Don Benito was formed in the first decades of the 14th century, from several farmhouses and hamlets preexisting conditions. Its foundation was closely related to the assignment, the Order of Alcántara, of New Village (Medellín), in 1305. Came not driven from the neighbor Don Llorente. It is most likely that its peculiar antropónimo proceed in the name of the Bishop who was elected to the headquarters of Plasencia, in 1332. The dates, places and events, fit. But, still, quite a few things to specify and verify.

KEYWORDS: Don Benito, Origins, Foundation, Bibliography.

EL ORIGEN DE DON BENITO: ENTRE LA TRADICIÓN ORAL Y LAS FUENTES ESCRITAS

Juan Luis Luna Seoane

1.- Introducción.

La conveniencia de reducir al máximo el espacio tipográfico ocupado por el título de este estudio, me ha inducido a simplificar el mismo, hasta el punto de desdibujar (en cierta medida), el contenido abordado en la investigación. El objetivo de la misma no es otro que contribuir al conocimiento de los remotos orígenes de la aldea de Don Benito. Para lo cual, y partiendo de la tradición oral (envuelta, como no podría ser de otra manera, en leyendas de atractiva factura y escasa credibilidad) voy a efectuar un breve recorrido por algunos de los escritos más recientes, que han intentado situar los orígenes de nuestro pueblo en el terreno más seguro de lo que debió ser su historia. Y a partir de ahí, plantear certezas, conjecturas e hipótesis para futuras investigaciones. Para comprender todos esos contenidos, el título debería haberse aproximado a lo siguiente: *"Más allá de la tradición oral. Los orígenes de la aldea de Don Benito según las fuentes secundarias escritas y publicadas entre 1962 y 2014. Conclusiones e hipótesis para futuros estudios"*. Mucho más clarificador, pero demasiado largo y prolífico para el título de un artículo o de una conferencia.

En ese subtítulo ampliado, intencionadamente, he querido puntualizar lo de *secundarias*, porque, hoy por hoy, carecemos de fuentes primarias (documentos coetáneos o muy poco alejados en el tiempo) que nos informen fehacientemente, sobre la fundación de esta aldea hace casi 700 años, allá por las primeras décadas del siglo XIV. Hasta la fecha no sabemos si esos documentos han existido, se han perdido o no han sido encontrados todavía. Hace poco tiempo, he visitado personalmente el Archivo histórico del Obispado de Plasencia y no he conseguido encontrar ninguna información ni directa ni indirecta, sobre actuaciones del obispado placentino en la comunidad de Villa y Tierra de Medellín (a la que pertenecía como una aldea más, Don Benito) en la primera mitad del siglo XIV. Ni tampoco, sobre el Obispo, de nombre Benito, que ocupó la sede episcopal placentina entre 1332 y 1343. Eso sí, la encargada del archivo me informó que ni toda la documentación existente está clasificada ni recogida, todavía, en las actuales dependencias.

¿Cuándo se fundó la aldea de Don Benito? ¿Cómo era el paisaje agrario en el que surgió el inicial caserío? Con toda seguridad, aquel, ya estaba profundamente transformado por la acción *antrópica*, aunque en grado mucho menor que en los dos últimos siglos. ¿De qué lugares procedían las primeras familias que se asentaron en la aldea? ¿Qué tuvieron que ver entre sí los poblados de Don Benito y Don Llorente? ¿Qué ocurrió para que el primero de ellos se consolidara y, por el contrario, el segundo terminase desapareciendo? ¿Están relacionadas la fundación de Aldeanueva (de Medellín) y su posterior cesión a la Orden de Alcántara, con los orígenes de Don Benito? ¿Dónde se inició el asentamiento de los *pioneros* del poblado dombenitense? ¿En el cerro de los mártires o cerca de la charca que desaguaba por el Arroyazo hacia las Albercas? ¿Cuál es el origen del antropónimo Don Benito? ¿A qué Virgen tenían una especial devoción sus habitantes? ¿Quién fue y qué hizo por este pueblo Doña Blanca Rodríguez de Villalobos? Estas y otras de parecido tenor, son algunas preguntas que, desde hace mucho tiempo, se han ido haciendo los dombenitenses, en general, y bastantes estudiosos, en particular. Si, hasta en lugares donde se cuenta con fuentes escritas fiables, es bastante frecuente que se adorne el pasado y se cubran las lagunas existentes con leyendas más o menos pintorescas sobre los tiempos pretéritos, ¿cómo no va a haber sucedido eso, en el caso del pueblo de Don Benito, que carece, en la práctica, de ese tipo de fuentes?.

Conviene puntualizar que lo que los historiadores calificamos como *invención del pasado* es

un fenómeno omnipresente. Que se produce con más intensidad, cuando la carencia de documentación fiable es muy acusada y también, cuanto más alejados en el tiempo, estén los acontecimientos a investigar. El vacío entonces existente, tiende a ser rellenado con relatos legendarios que, en parte, denotan una cierta contaminación de antiguas leyendas foráneas. Tal es el caso de los hermanos y pretendidos fundadores, Llorente y Benito, que recuerdan vagamente (eso sí, forzando un poco los hechos y la imaginación) a los míticos fundadores de Roma, Rómulo y Remo. Aunque, en el caso de nuestra aldea, el relato legendario de los dos hermanos, terminara no del todo mal y con los regidores de Medellín en el papel (imprescindible en esos relatos) de antipáticos *tiranos*. Pero no hay que fijarse solo en las leyendas ni en esos entretenidos cuentos *de buenos y malos*, para calibrar los efectos de la *desmemoria* histórica. El mero transcurso de los años no solo va borrando gran parte del pasado, sino que contribuye a trasladar hacia atrás, en el tiempo, hechos y fenómenos más recientes. En estos anacronismos, los acontecimientos más recientes, se retrotraen y se mezclan con los más antiguos, solapándose todos, entre sí. De esta manera termina desdibujándose parte del acontecer histórico y se borran, incluso, fragmentos del mismo. Un ejemplo puede servirnos para entender estas últimas aclaraciones. Basándose en la arraigada tradición de muchos pueblos (entre ellos el dombenitense) de estar bajo la protección de una Patrona, muchos pensarían que la Virgen de las Cruces, ha ejercido ese papel desde tiempo inmemorial. Y sin embargo sabemos que, antes del siglo XIX, la principal ermita de Don Benito, era la de la Virgen de la Piedad. Patrona, hasta entonces, primero de la aldea y, después, de la villa. Y lo más probable es que, hasta el siglo XV, ese papel lo desempeñase la Virgen de la Antigua que no solo era la patrona de la Haba sino, seguramente también, la de otras poblaciones del entorno, independientemente de que estas estuviesen adscritas a la encomienda de Magacela o al señorío de Medellín.

A la ermita de la Antigua (aunque conviene recordar que tanto esta afirmación como las anteriores no dejan de ser meras conjeturas) conducía el camino de Santa María situado al sureste del casco urbano de Don Benito. Y continuando con esta cita, no estaría de más recordar que Nuestra Señora de la Antigua, era un santuario de gran devoción en toda la comarca. Situado al sur de la aldea de Don Benito, a unos 17 quilómetros, en un paraje agreste y bucólico, donde se han encontrado importantes restos arqueológicos, contaba con un elemento poco frecuente en este tipo de construcciones: una llamativa torre de 25 escalones separada del cuerpo principal, hecha de mampostería y piedra. En el interior del templo, una antigua ara romana, se utilizaba como pila de agua bendita. Conviene reparar en ciertos paralelismos existentes entre esta ermita y la de las Cruces (que como suponemos, data de fechas muy posteriores). Ambas estaban alejadas de sus aldeas, a unos nueve Kilómetros aproximadamente, en un paisaje serrano; y en los dos casos, la aparición de la Virgen se manifestó a un pastor. Por una mera cuestión de fechas la fuente original de inspiración de estas dos leyendas piadosas no puede ser más que la atribuida a Nuestra Señora de la Antigua. Una bella copilla popular relataba el encuentro de la Virgen y el pastor. No resulta fácil resistirse a recitar algunos de sus párrafos: *"pastor, el cielo te guarde/ por dios y su madre quiero/ que para este niño me des algo de tu sustento/ señora un pan que aquí tengo es duro, de cebada/ y el niño no ha de poder comerlo/ pero a pesar de ello le daré lo que tengo/ y sacando el pan del zurrón al partirlo lo miró y vio que siendo de cebada/ se había vuelto de trigo bello./!Pastor, vuélvete y dile al pueblo que en este lugar se apareció la madre del verbo./Tierra de la Haba considérate dichosa/ porque desde ahora/ te cobija la virgen de la antigua/ la paloma hermosa"....* Desde fechas remotas, el santuario recibía del Concejo de Don Benito una candela de cera de 30 libras de peso, el domingo de Cuasimodo (según unas fuentes, y el domingo de Pascua, según otras). Al parecer, tal regalo se debía a que doña Blanca, vecina de aquel lugar, había donado a su concejo, la dehesa de la Vega. A cambio de lo cual, el concejo de la aldea debería asumir dicha carga anual a favor de la ermita. Los vecinos de Don Benito acudían en romería y procesión al

santuario, el referido Domingo. Pero sobre esta cuestión y sobre Doña Blanca, volveremos a ocuparnos, más adelante.

No resulta fácil acercarse a lo que, de verdad, sucedió, hace más de seis siglos. La escasa información menudea a partir de mediados del siglo XV; pero es harto reducida antes de esas fechas y prácticamente inexistente con anterioridad al año de 1391. Este hecho obliga e invita, al investigador, a variar el enfoque meramente centrado en los nebulosos orígenes del pueblo y situarlo en un objetivo más amplio y mucho mejor conocido. Vamos a hacer un breve recorrido, por las publicaciones que, con esos o parecidos planteamientos, han contribuido a dar a conocer los, todavía oscuros inicios de la aldea de Don Benito. La mayoría datan de las últimas décadas. El enfoque común, de casi todos esos estudios, ha sido, dejar a un lado las conjeturas sobre la fundación del lugar, y situar la misma dentro del entorno histórico y político del que formaba parte, entonces. Y que no era otro que la comunidad de Villa y Tierra de Medellín. Esta entidad político-administrativa, se había constituido en la tercera década del siglo XIII, como consecuencia de la ocupación militar de estos territorios por los reinos unidos de Castilla y León. Aproximadamente, un siglo después, en el extremo este de su alfoz, surgiría una más de las numerosas aldeas de Medellín. Ocuparía el lugar que antes había tenido Aldea nueva (cedida en 1305 a los Frailes y caballeros de la Orden de Alcántara) como posición adelantada frente a las posibles injerencias e intromisiones de la encomienda *magaceleña* de dicha orden militar. Y, a diferencia de aquella aldea apellidada con la vulgar y frecuente denominación de *nueva*, sería conocida con un original antropónimo. También y, al contrario que otras *aldeas*, que acabarían convirtiéndose en despoblados, prosperaría. Y terminaría siendo la aldea más grande y poblada de la tierra de Medellín.

2.- Estado de la cuestión.

Toda la Bibliografía que voy a citar ha sido publicada en distintos formatos (en forma de libros o de artículos de revistas) entre los años de 1981 y 2014, con la única excepción de un artículo pionero que data de 1962. La mayor parte de ella tiene como tema central los orígenes de Don Benito. Pero también se incluyen otras investigaciones que, con objetivos más amplios, aportan información relevante, para dicha finalidad. Obviamente, al ser una selección intencionada, se puede decir, de todos estos y aquellos escritos, que *no están todos los que son*, pero sí que (por su relevancia y por su interés) *son, todos los que están*.

El primer escrito a que voy a hacer referencia se publicó, en Junio de 1962, en el número 14 de la revista "DON BENITO", Boletín de información de la Biblioteca Francisco Valdés. Se titulaba "Sobre Don Benito y su nombre (Aportación al esclarecimiento del origen de una ciudad)" y su autor era Fernando Talavera de Mexías que, con este artículo, abría un camino fecundo para estudios posteriores. De una manera sobradamente sagaz, este investigador, negaba tanto la pretendida modernidad del pueblo como la tradicional fábula de los dos hermanos fundadores; al mismo tiempo que apuntaba una original vía de investigación. La misma consistiría en volver su atención a la cercana aldea de Don Llorente, sus vínculos con los Marqueses de Loriana y las conflictivas relaciones de esta casa con los regidores de Medellín. Y también, disociaba claramente, los discutidos orígenes de ambas aldeas.

Talavera de Mexías, se preguntaba por la razón de la escasa atención que, hasta entonces, habían despertado los orígenes dombenitenses, atribuyendo, acertadamente, a la cercanía de otras poblaciones de gran relevancia histórica tales como Mérida, Trujillo o Medellín, el motivo esencial de ese desvío. El brillante pasado de estas ciudades, relativamente bien conocido, contrastaba con los oscuros y discutidos orígenes de una humilde aldea de una de esas villas. D. Fernando sospechaba, además, que, entre las brumas de su pasado, lo único claro y (a la vez) moderno, era la propia leyenda de la *modernidad* de Don Benito. Y, prosiguiendo con las incógnitas, se preguntaba por la razón del topónimo. En aquellos tiempos llamarse Benito, con el Don delante, no era una simple cuestión de cortesía; y Talavera

recordaba la conocida anécdota quijotesca de que, al ponerse Don, nuestro hidalgo manchego había concitado la doble repulsa de hidalgos y caballeros; los primeros porque no lo tenían y los segundos porque sí lo usaban, pero con determinadas exigencias de edad y riqueza. ¿De quién procedía el nombre Don Benito? Otro interrogante y, a la vez, un reto, no especialmente fácil, para los estudiosos de nuestro pasado.

El autor terminaba su artículo con una audaz propuesta para la fecha de la fundación de Don Benito. (Quiero aclarar que estimo conveniente calificarlo de esa manera, dado el estado embrionario de las investigaciones sobre el alfoz de Medellín y sus aldeas, en el momento de la redacción del artículo). Talavera, apartándose de la opinión dominante hasta entonces, que situaba, erróneamente, los inicios de nuestro pueblo, en el siglo XV, apostaba por retrasar los comienzos de la aldea, un siglo atrás. Se basaba en la donación de Blanca Rodríguez de Villalobos, en las postimerías del siglo XIV. Y de esta señora no digo más por ahora, porque nos vamos a topar con ella en la inmediata reseña, que paso a comentar, a continuación.

En 1981, este mismo autor (me refiero obviamente a Talavera de Mexías) escribía un artículo con el título “*Postdata al pasado de Don Benito*”, en el número 2 de Ventana Abierta, revista dombenitense de la “asociación *Amigos de la cultura extremeña*”. En la página 199 del Tomo II de la Crónica de la Orden de Alcántara de Frey Alonso de Torres y Tapia, Talavera encontró la más antigua referencia documental de Don Benito, conocida hasta entonces. Esta obra, que goza de general crédito entre los historiadores, fue escrita hacia 1650 y publicada en 1763. En la Biblioteca Francisco Valdés he podido consultar una edición facsímil de dicha obra, editada en Mérida en 1999 por la Asamblea de Extremadura. A nuestro estudiante, el conocimiento de la obra le fue facilitado por el médico y notable investigador, Celestino Vega.

¿Qué decía Torres y Tapia, en dicha página? Pues que, en el Archivo del convento de Alcántara, encontró lo que nosotros calificaríamos como documentación (y él llamaba razón) sobre la donación que hizo al Lugar de Don Benito, perteneciente a la jurisdicción de Medellín, una señora llamada Doña Blanca. Torres la calificaba como de gran calidad (personal) y con un importante caudal de hacienda. Rebatiendo la errónea confusión de Blanca con María, que era el nombre puesto a la primera hija del Maestre de la Orden de Alcántara, Fernando Rodríguez de Villalobos, el sagaz cronista, aclaraba que la primera era su sobrina, hija de su hermano Simón. Esta sobrina, Blanca, cedía la dehesa de la Vega, en las márgenes del río Guadiana con la obligación a los cesionarios y beneficiarios (que no eran otros que los lugareños de Don Benito) de llevar todos los años un cirio a la Ermita de nuestra Señora de la Antigua, en el término de la Haba, el día de la Pascua de Resurrección.

Aunque Torres y Tapia no nos informa de la fecha de la donación, Talavera conocía que el tío de Dª. Blanca (que hasta entonces era Clavero de la Orden de Calatrava) había recibido el maestrazgo de la Orden de Alcántara, en Junio de 1394. Y que murió en Villanueva de la Serena en 1408, donde fue enterrado en un lujoso sepulcro en la Iglesia de la Asunción (que desapareció -desafortunadamente- hace dos siglos con motivo de unas obras realizadas en el templo villanovense). Pero quedaban dos dudas por despejar: ¿dónde había nacido la sobrina del Maestre y en qué año?. El autor del artículo que estoy comentando, se había fijado en la vaguedad de la expresión de Torres (hubo *en aquella tierra* -no hablaba de *lugar*- persona con este nombre...). Y por ello presumía que Doña Blanca había nacido en Don Benito porque, en caso contrario, ¿a cuento de qué había de regalar a esta aldea, una rica dehesa?

En cuanto a la hipotética fecha del nacimiento de nuestra dama, Talavera de Mexías, basándose en la afirmación de Rades (historiador anterior a Torres) de que en 1394 el maestre Villalobos “era hombre de mucha edad” estimaba la edad de este en 60 años. Y la de Blanca, hija de su hermano Simón, en unos 25 años. Matizando estas presunciones, he

comprobado que en la página 200 de la crónica de Torres y Tapia, éste, partiendo de la conocida vitalidad del personaje, ponía en duda que el maestre fuese tan viejo como Rades había afirmado. Pero lo cierto es que, independientemente de lo aventurado que puede resultar el intentar calcular edades utilizando datos con cierto grado de subjetividad e incertidumbre, como puedan serlo llamar a alguien *señora* o calificar a otro como *de mucha edad*, la cita de Torres sobre la donación, probaba, con toda certeza, que Don Benito existía antes de 1395. Pero si Doña Blanca había nacido aquí, como presumía nuestro autor, la fecha se retrasaba a 1370. Y, probablemente, a bastantes años más atrás. Talavera finalizaba su artículo con una “Postdata a la Postdata”, en la que planteaba la posibilidad de que la Vega no hubiese sido la única donación de aquella señora tan generosa. Doña Blanca era el nombre de una dehesa que fue propiedad del Ayuntamiento de Don Benito hasta finales del siglo XIX. ¿No habría sido otro de los regalos de nuestra antigua bienhechora?

Estos trascendentales artículos han permanecido alejados del conocimiento (y también del reconocimiento) del gran público hasta hace no mucho tiempo. Y han tenido que competir (casi siempre con desventaja) frente al tópico (y pintoresco) relato de los dos labradores Benito y Llorente, que, huyendo de las avenidas del Guadiana y de los abusos del conde de Medellín, habrían fundado, a principios del siglo XVI la aldea dombenitense. Así, con esa curiosa variante, plena de inexactitudes históricas, nos lo relataba en un breve artículo de divulgación, publicado en el diario Hoy, el 21 de febrero de 1981, Luis Carmona Pastor. Que añadía, como dato curioso, que, en el siglo XVIII, habían existido dos estatuas en el exterior de la Iglesia parroquial de Santiago, conocidas popularmente como los *Alibobos*, que representaban a Don Benito y su mujer o a los dos fundadores. Desconozco la fuente de la que proceden estas heterogéneas informaciones. Si las cito es por volver a insistir, en lo tentador que resulta para el común de los mortales, dejarse llevar por relatos de contenido poco consistente. Van envueltos en un ropaje atractivo y son difundidos con simplificadores argumentos. Con bastante frecuencia, al conocimiento histórico le ocurre algo parecido a lo que, a diario le sucede, en un grado infinitamente mayor, al periodismo. En ambos terrenos, a veces, no resulta fácil desentrañar la verdad. Esta tiene que luchar con relatos que, hábilmente, llegan a nuestro corazón y, sin que nos demos cuenta de ello, consiguen nublarnos la mente.

En 1995, bajo la dirección de Julián Mora Aliseda y José Suárez de Venegas Sanz, se publica la monumental obra titulada “Don Benito Análisis de la situación socioeconómica y cultural de un territorio singular” (Editora Regional de Extremadura, Mérida). En el Tomo I de dicha obra (páginas 247 a 283) la profesora María Dolores García Oliva se ocupaba de la época bajomedieval. Aportando informaciones a la vez útiles y rigurosas, los dudosos *orígenes fundacionales* de Don Benito, se situaban dentro del contexto histórico de la comunidad de Villa y Tierra de Medellín. Que, como ya sabemos, estaba adscrita a la diócesis episcopal de Plasencia; lo que implicaba, en aquellos tiempos, algo más que una mera dependencia eclesiástica. Partiendo de la ocupación de estos territorios por la corona de Castilla, en 1234, y la concesión de una tenencia personal y vitalicia al Maestre de la Orden de Alcántara, Yáñez, García Oliva analizaba los sucesivos avatares históricos que iban a afectar a estos territorios. Tras el cese de este maestre, en 1254, se produciría la lógica extinción de dicha tenencia provisional. Esta circunstancia acabaría forzando una delimitación de términos entre las dos circunscripciones de Medellín y Magacela. Lo que se llevaría a efecto en 1259, con cierta parcialidad a favor de la primera, dado su estatus de realengo frente al de señorío militar, que ostentaba la segunda. Esta delimitación no sería la última. En 1303 la forzada cesión de Aldea nueva de Medellín (la actual Villanueva de la Serena) a la Orden de Alcántara, llevaría a la partición definitiva de las dos circunscripciones, que se consumaría, en 1305.

La autora no veía indicios de poblamiento aldeano en el futuro Don Benito, entre finales del

siglo XIII y comienzos del XIV. Y ello cuando la evolución de Miajadas, que pasaba de despoblado (en 1290) a contar con parroquia propia (en 1348), suponía un contrapunto de difícil explicación, ya que ambas aldeas reunían parejas similitudes entre sí: terrenos llanos y fértiles y situación periférica respecto a la villa de Medellín, tal como apuntaría en trabajos posteriores el profesor Clemente Ramos. Pero sí los encontraba a finales del siglo XIV, con la ya conocida cesión de Doña Blanca (página 256). Lo que, a su vez, le hacía suponer un modesto auge poblacional en la zona colindante con Aldeanueva (ya de los frailes caballeros de Magacela) a partir de 1305 (página 257). García Oliva proseguiría por un terreno fértil para futuras investigaciones, que no era otro que la no fácil distinción entre terrenos adehesados y aldeas en potencia. Y la oscilante evolución de unos y otras en un proceso de redistribución de la población, que iba a prolongarse a todo lo largo del siglo XIV y durante buena parte del XV. La autora citaba los casos de Valverde (entre Rena y El Villar), una pequeña aldea en 1392, convertida en una dehesa despoblada, en 1445. O los de Martín Sancho (o Sánchez), aldeilla en 1374 y despoblado en el siglo XV. Y Don Salvador, despoblado también en 1445 (página 259). Por el contrario, en 1446, Don Benito aparecía ya como una aldea completamente consolidada, lo que no descartaba que su origen pudiera haber sido muy anterior (página 260).

En 1997, en la *Revista de Estudios Extremeños* (Badajoz, vol. 53, nº 3, páginas 839 a 866) Luis M^a. Cavello de los Cobos y Mancha, publicaba un artículo con el Título *Hernán Cortés y Don Benito*. El objetivo prioritario del autor era esclarecer las relaciones entre la familia de Hernán Cortés y la aldea dombenitense. Para lograrlo, le era de todo punto indispensable, manejar informaciones no muy conocidas, que (de manera indirecta) iban a facilitarle el acceso a nuevos datos sobre la controvertida fecha de la fundación de Don Benito. La documentación consultada por Cavello, demostraba que la familia de Cortés era de Don Benito y que, este lugar, parte de la tierra de Medellín (como sabemos deslindada de la Orden de Santiago en Castilrubio, dehesa al sur de Don Benito, en 1254), existía ya en el siglo XIV. En efecto, el 3 de julio de 1431, le era concedido el título de caballero a Martín Cortés, vecino de Don Benito (páginas 855 y 856, en las cuales citaba a su vez, la *Crónica de D. Pero Niño, El Victorial*, escrita entre 1431 y 1435 por Gutierre Díez de Games). Si en 1431 este Martín, hijo de Nuño Cortés, tenía unos 30 años (ya que se le describía como a un hombre y no como a un mozo) y había nacido en Don Benito, esta aldea existía ya, a finales del Siglo XIV (página 857). Y mucho antes, si la presunción de nacimiento en el mismo lugar, se extendía a su padre Nuño. El autor del artículo, citaba también (en la página 841) una confirmación del privilegio de caballería a otro vecino (de nombre Pero Sánchez) de Don Benito, en 1489. Pero, al contrario que en el caso de Martín Cortés, se desconocía la fecha concreta del nombramiento (Legajo 393, Archivo general de Simancas, Hidalguía, 69,...). Cavello de los Cobos, aludía también a los orígenes de la aldea de Don Llorente (conocida también por Don Lorenzo), a su probable primacía fundacional frente a Don Benito y a su tardía conversión en dehesa, en los años finales del siglo XVII. Esto último, como consecuencia de lo exiguo de su término (páginas 841 y 842). En el Catastro de Ensenada (del año 1752) ya se describía como despoblado, con un habitante (el guarda), una casa y una Iglesia, atendida, esta última, desde Don Benito.

Antes de concluir el siglo XX, D. Delfín Martín Recio publicaba (en 1998) un libro que, aunque no tenía la pretensión de historiar el pasado de Don Benito, iba a facilitarnos datos muy curiosos sobre su Iglesia parroquial y sobre sus antiguos hospitales y ermitas. Su título era "Santiago: una parroquia con historia". De entre la multitud de informaciones que contenía la obra, lo que, a nuestro juicio resulta más interesante, es la descripción del cometido diferencial de dos de las antiguas ermitas. La de las Cruces era un humilde y alejado santuario serrano que contaba, además, con la devoción de varias aldeas de la Vega del Guadiana (Mengabil, Guareña, Valdetorres) y de la propia villa de Medellín. Era la Virgen de los labradores de la comarca. En cambio, la de N^a. Señora de la Piedad, situada a las afueras de

Don Benito, era la preferida de sus habitantes, su Patrona. Dos días al año, los dombenitenses sacaban en procesión a la imagen de la Virgen de la Piedad: el día de su fiesta (8 de Septiembre) y el del Corpus (páginas 101, 102, 114, 115). Pero su ruina primero y el olvido después, borrarían estos fragmentos del pasado dombenitense y transferirían patronazgo y festividad a la otra Virgen, a la de las Cruces.

Con el cambio de siglo se darían a conocer varios estudios que, en mayor o menor medida, iban a seguir aportando luces en el asunto que nos interesa. En 2001 el fondo editorial del Ayuntamiento, publicaba el trabajo que había quedado como finalista, en la edición del año 2000 del premio de investigación Santiago González. Con el título "La lucha por el poder municipal en el Condado de Medellín (el caso de Don Benito y el resto de aldeas. Siglos XV y XVI)", su autor, Julio Carmona Cerrato, analizaba las relaciones entre la Villa de Medellín y sus aldeas dependientes. Y aunque ni el asunto abordado ni su marco cronológico se refieren específicamente a los orígenes de Don Benito, el investigador dombenitense, aportaba abundante información sobre el desarrollo de la aldea a lo largo del siglo XV. Y, además, cuestionaba dos de los componentes más reiterados de su leyenda fundacional. Los habitantes del lugar de Don Benito no podían haber escapado de los pretendidos abusos de ningún conde, porque en la época de asentamiento del poblado, tal condado no existía, todavía. Por otro lado, no dejaba de ser contradictorio pretender escapar de la dependencia de la Villa de Medellín y establecerse en una aldea enclavada en su territorio y adscrita política y administrativamente a ella. En cuanto al pretendido éxodo de los vecinos de Don Llorente para fundar Don Benito, Carmona recordaba que ambas aldeas coexistieron durante mucho tiempo y que Don Llorente se fue despoblando a lo largo del siglo XVII, cuando hacía ya bastantes décadas, que la aldea dombenitense era la más poblada del condado (página 17).

En la *Revista de Estudios Extremeños* (Vol. 58, nº 2, páginas 639 a 666), José M^a Arcos Franco publicaba en el año 2002, un artículo sobre "El santuario de N^a. S^a de la Antigua de la Haba (Badajoz)". En la memoria histórica de dicha ermita, se incluían datos interesantes sobre Don Benito, algunos ya conocidos y referidos a lo largo de esta charla. El primero de ellos era el influjo que ejercía el santuario sobre las localidades próximas a su entorno. El segundo, que Simón Rodríguez de Villalobos, hermano del maestre de Alcántara, donó en 1394, en su testamento, junto con su esposa, una vela para que luciese, todo el año, en los momentos de culto a la Virgen (página 643, cita de "Fernández Sánchez, T., *Guía para los santuarios Marianos de Extremadura*, Vol. V, Madrid, 1994, pp. 188-189). El tercero, la ya varias veces citada donación de su hija D^a Blanca, a la que se aludía como vecina de Don Benito (pág. 645). Del regalo anual del concejo de esta aldea (por mandato de su bienhechora) había constancia documental, al menos desde 1532 (Leg. 5.251, *Priorato de Magacela de la Orden de Alcántara en el partido de Villanueva de la Serena. Visita general... en el año de 1719*). Ya sabemos que el regalo consistía en un cirio de cera (de una arroba de peso), que los vecinos de Don Benito llevaban en procesión durante la romería anual de Pascua.

En ese mismo año de 2002, Ángel Bernal Estévez, publicaba un amplio estudio sobre las Ordenanzas municipales de 1550, con el título de "Don Benito en la primera mitad del siglo XVI" (*Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, Tomo XII, páginas 181 a 295). Utilizando la recopilación de ordenanzas municipales del lugar, centradas en asuntos de tipo económico, Bernal iba mucho más allá de realizar, solo, un mero análisis de las mismas. Considerándolas como una excepcional fuente primaria de información sobre usos y costumbres consuetudinarias (que en el siglo XVI se ponían por escrito para facilitar su conservación), llegaba a interesantes conclusiones sobre lo que debía haber sido el funcionamiento social y económico de Don Benito, en los últimos siglos de la edad media. Una aldea próspera y en expansión, con un mayor peso de la agricultura cerealista y el vi-

ñedo que el correspondiente a su cabaña pecuaria, supeditada, en parte, a los primeros usos. Su desarrollo, no debió diferir del típico de los lugares de realengo; aunque la importancia de las gentes del común (frente al mucho menor peso de un reducido grupo de labradores ricos, con tendencia oligárquica) la aproximaba bastante más a la tipología, más igualitaria, de otras aldeas cercanas, que no dependían de la Villa de Medellín, sino de la vecina Orden militar de Alcántara.

El lugar de Don Benito, había surgido en el extremo oeste del alfoz de Medellín, en un emplazamiento privilegiado, sobre el llano. Al norte, se extendía una gran llanura aluvial casi rasa y muy fértil. Al sur, una penillanura con relieves en cuesta de suave alza. Lo que había facilitado un aprovechamiento complementario de sus recursos naturales. Hacia el Guadiana, en tierras fácilmente cultivables, se había ido desarrollando una variada y rica agricultura, mientras que, hacia el Ortiga y la sierra de las Cruces, el aprovechamiento ganadero había sido predominante. En ambos casos, se trataba de tierras bien (aunque irregularmente) irrigadas, tanto por el Guadiana y sus ríos afluentes como por una serie de arroyos y regatos, abundantes en toda la zona. Y entonces más que ahora, dado que los más cercanos al casco urbano, han ido desapareciendo, al igual que lagunillas, charcas y albercas, de las que, ahora mismo, solo queda constancia en la toponimia y en el callejero.

Tampoco este libro sería el último sobre la historia de Don Benito, publicado en este año. El año anterior, el premio Santiago González le había sido otorgado a la investigación de Julio Carmona Cerrato sobre "La aldea de Don Benito a mediados del siglo XVI". La Diputación de Badajoz la publicaría, en forma de libro (en 2002). Con un título casi idéntico y un enfoque similar (basado también en el aprovechamiento de las Ordenanzas municipales de 1550), este trabajo se diferenciaba (del de Bernal Estévez), por la mayor atención prestada a la configuración física de la aldea y a su entorno rural. Pero, sobre todo, destacaba la importancia concedida a la estructura de su callejero, con un llamativo alargamiento de sur a norte, probable consecuencia de un preexistente eje vial. Eje que habría terminado por convertir al caserío dombenitense en un cruce de veredas y caminos. Lo que podría haber sido una de las causas (o, por el contrario, la consecuencia) de su creación, dada su estratégica situación.

Carmona no dejaría tampoco de rastrear en los primeros documentos oficiales que daban fe de la existencia de la aldea, en fechas bastante anteriores, a las tradicionalmente supuestas. En 1446, con motivo de la toma de posesión del señor de Medellín, los dos Alcaldes ordinarios de Don Benito, fueron los primeros en presentar sus respetos. Su número (solo igualado por Guareña) y su preeminencia, sobre el resto de las aldeas *metelinenses*, eran el claro síntoma de la paralela primacía del lugar de Don Benito, hacia mediados del siglo XV. En 1474, era ya un "pueblo viejo", cuando el cronista de la Orden de Alcántara refería la muerte del caballo del Clavero, Alonso de Monroy (junto al arroyo Lagrimones). Un siglo después, en el censo de 1531, llegaría no solo a tener un mayor número de vecinos *pecheros* que las demás aldeas, sino también algo más que la propia villa del condado. Julio Carmona aludiría también, a la anterior y forzada renuncia de Medellín a Aldea nueva, en 1303. El concejo de Medellín trataría de asegurarse de que hacía la mínima cesión posible de territorio. Quedaría habilitada así, una extensa porción de tierras (de buena calidad) en el este de la tierra de Medellín. La posición de avanzada frente a los dominios alcantarinos, iban a favorecer así, a los caseríos existentes primero, y a la futura aldea de Don Benito, después.

En 2005, el jurado del premio "Santiago González", concedía un merecido accésit a la obra presentada por el mismo investigador local (el profesor Carmona). Con el título de "La Aldea de Don Llorente y sus vínculos con Don Benito (de la leyenda a la historia)", el autor, llevaría a cabo un ambicioso estudio que iba a llegar mucho más lejos de lo indicado en el título. Antes de abordar los controvertidos datos sobre la fundación de la aldea, Carmona se

fijaba en el porqué del emplazamiento físico de Don Llorente, muy cerca y al nivel del Guadiana. No podía haber sido otro que su función de control del *vado ancho* del gran río, de gran importancia entonces, dado que el puente romano de Medellín no era utilizable, en bastantes ocasiones. El origen remoto del asentamiento podría haber consistido en una torre de vigilancia existente antes de la conquista definitiva de Medellín e imputable a los caballeros templarios. Este vado (y el de *la cuenca*, aguas arriba y al norte de Villanueva de la Serena), conectaba con el conocido como *camino de Alcántara*, y facilitaba las comunicaciones con las tierras leonesas. Este interés por los caminos y su importancia, llevaba al autor a plantearse la posibilidad de la existencia de un importante enlace vial en las proximidades de Don Benito. Se trataba de la conocida como vereda *de los moros*, situada al sur del pueblo, que casi con seguridad era lo que quedaba del antiguo itinerario romano de Mérida a Córdoba. El cual enlazaba con el *vado ancho*, a través del camino de Don Llorente o de Santa Lucía (a la que estaba dedicada su Iglesia). Este camino pasaba por el primitivo Don Benito y ese hecho podría explicar mejor el acusado alargamiento de sur (desde la Ermita de los Mártires y la calle Arrabal) a norte (hasta la calle-arroyo Lagrimones, la Ermita de San Gregorio y la zona del Barrial) de su antiguo emplazamiento y plano. Comprobable, sin lugar a dudas, en el siglo XVI.

El estudio proseguía con un análisis de los avatares de la aldea de Don Llorente, en los siglos XV, XVI y XVII. El pleito ganado por el Señorío de Loriana, frente a los regidores de Medellín, configuraría una solución atípica dentro del alfoz metelinense. La conflictiva pervivencia de un enclave señorrial dentro de una entidad diferente y mucho más amplia, sería la causa del declive de Don Llorente (en contraste con el paralelo auge del cercano Don Benito). Lo que me sugiere interpolar un comentario estrictamente personal. El futuro de las dos aldeas vecinas vendría condicionado por el desinterés, ante la primera aldea, y el interés, por la segunda. A partir de la pérdida del pleito, a la villa de Medellín, no le iba a interesar potenciar un enclave cercano, situado aguas arriba del Guadiana y sujeto a una autoridad ajena, como era el caso de Don Llorente. En cambio, sí le interesaba hacerlo con Don Benito, situado en el extremo este de su alfoz, frente a Villanueva de la Serena, en unas tierras fértiles sin una barrera física clara frente a las tierras de la Encomienda alcantarina de Magacela. Y retomando, de nuevo, el libro de Carmona, coincidimos con él, en el hecho de que la privación de las tierras del ejido, a los aldeanos llorentinenses, sería el golpe de gracia a su pervivencia (y no las pretendidas inundaciones del Guadiana). Fueron, pues, las torpes actuaciones (para incrementar sus ingresos a costa de los vecinos) de los señores *efectivos* de la aldea, los marqueses de Loriana, las que terminarían convirtiendo a Don Llorente en un despoblado y a su Iglesia de Santa Lucía, en una venerable ruina. Probablemente, estos hechos, tergiversados por el discurrir del tiempo, llevarían a la invención posterior de la leyenda de *los dos hermanos fundadores*. Lo que verdaderamente había sucedido era, que los propietarios señoriales de la aldea de Don Llorente (confundidos en el relato popular con los condes de Medellín), habían tratado de aumentar sus rentas, mediante una serie de imprudentes actuaciones. Estas habían terminado por ahuyentar a los pocos habitantes que quedaban, en la aldea ribereña del Guadiana. Y que terminarían emigrando a otras aldeas de la tierra de Medellín, preferentemente, al vecino Don Benito. Los demás componentes de la leyenda, eran, por el contrario, fruto de la pura fantasía.

En Abril de 2006, el profesor de Historia Medieval de la Universidad de Extremadura, Julián Clemente Ramos, impartió, en la Casa de Cultura de la ciudad, una conferencia muy documentada, sobre los "Orígenes históricos de Don Benito". Sería publicada ese mismo año, por el Ayuntamiento, junto a las demás del mismo Ciclo sobre *Don Benito, su historia* (pp. 1 a 14). Para intentar reconstruir el pasado de la aldea dombenitense, este profesor, iba a partir de fechas más cercanas, de las que existe bastante documentación, para remontarse luego a las más lejanas, en el tiempo. Para proponer así, hipótesis convenientemente fundamentadas. El comienzo del recorrido lo iniciaba en 1446, con la toma de posesión como

señor de Medellín de Don Juan Pacheco. En dicho acto, se manifestaba la jerarquía demográfica de las aldeas de Medellín. Todas tenían un solo alcalde, menos Guareña y Don Benito, que tenían dos. Valdetorres (donde acababa de fundarse su Iglesia) tendría unos cuarenta vecinos (entiéndase este número como cantidad de unidades familiares). En Miajadas, que contaba con parroquia propia desde hacía casi un siglo, habría unos sesenta. En 1532, cuando tenemos los primeros datos precisos de población, Don Benito, Guareña y Miajadas eran las tres aldeas más pobladas. Don Benito tenía, ese año, seiscientos seis vecinos pecheros (que pagaban pechos o impuestos). Si volvemos hacia atrás en el tiempo, en 1446, la población de Don Benito podría superar el centenar de vecinos; ya que entonces, Miajadas, con un solo alcalde, no se alejaba mucho de esta cifra. La aldea dombenitense aparecía, pues, a mediados del siglo XV, como una aldea importante, con una población considerable, que podría rondar los ciento veinte o ciento cincuenta vecinos.

En estas fechas (en torno a 1440) hacía ya más de medio siglo que estaba documentada la existencia del lugar de Don Benito. En un inventario de propiedades de 1391, aparecían dos rozas, lo que indicaba un terrazgo agrícola en expansión (Archivo del Monasterio de Guadalupe, legajo 122, nº 9, a. 1391). En 1392, varios vecinos de Medellín residentes en Don Benito, vendían una heredad (Archº. Monº. Guadalupe, legajo 100, nº 54, a. 1392). La existencia de propietarios de dehesas indicaba que en la aldea ya existía una clara diferenciación social, propia de lugares importantes. En una compraventa de 1400 (Archº. Monº. Guadalupe, legajo 131, nº 1, a. 1400) se aludía a casas de la Plaza que lindaban con otra casa perteneciente a la cofradía de San Andrés. Las cofradías se solían desarrollar solo en las villas. La existencia de las mismas en una aldea constituía un indicador claro de madurez social, algo propio de *antiguo* poblamiento plenamente consolidado.

Clemente Ramos citaba también la ya (varias veces) comentada cesión de Doña Blanca (entre 1495 y 1408) y la concesión por Fernando de Antequera (al concejo y hombres buenos -entiéndase por tales a los labradores ricos- del lugar) del acensamiento de la dehesa de la Veguilla (entre 1393 y 1412, Archivo General de Simancas, Consejo Real, legajo 128, nº. 11, folio 17). En fecha algo posterior (1460), Pedro Mejía donaba al clérigo cura de la Iglesia de Santiago de Don Benito, una casa (Archº. Monº. Guadalupe, legajo 95, nº. 119). Este documento hablaba además de casas y heredades de una persona ya fallecida, lo que era un claro indicio (Clemente, pág. 5) de que, bastante antes de finales del siglo XIV, existía la aldea de Don Benito. A tenor de toda esta acumulación de informaciones, el autor de la conferencia, concluía que, en esas fechas de finales de siglo, este lugar, habitado por labradores, se encontraba en una coyuntura de clara expansión demográfica. Distaba mucho, pues, de haberse poblado recientemente. El origen de Don Benito era, por tanto, muy anterior a 1391. No disponemos de documentación previa a este año, pero parece poco probable que su aparición fuese posterior a 1349 (el año de la peste negra). Tanto por la negativa coyuntura demográfica inmediatamente posterior, como porque ello habría supuesto un crecimiento poblacional demasiado rápido (págs. 8 y 9). Por ello, el profesor Clemente pensaba, que lo más probable, es que Don Benito hubiese surgido en la primera mitad del siglo XIV (pág. 9), a raíz de la cesión de Aldeanueva, en 1304. En el deslinde no se hacía alusión alguna a Don Benito. Pero, la necesidad (por parte de Medellín) de asegurarse la apropiación de los espacios libres del extremo oriental de su territorio, iba a propiciar la búsqueda de un sustituto para la aldea perdida.

La primera mitad del siglo XIV es el período más probable del nacimiento de Don Benito. El territorio de Medellín se encontraba, entonces, en un claro proceso de crecimiento económico y demográfico. Miajadas (casi despoblada a finales del siglo XIII, y que ya contaba con cincuenta vecinos cuando se fundó su Iglesia, en 1348) pudo ser el caso más parecido, ya que se trataba de una aldea con muchas similitudes con Don Benito (páginas 9, 10 y 11). Solo las aldeas de más temprana aparición y más peso demográfico iban a ser las que con-

siguiesen apropiarse de más terrenos y crear a su alrededor un pequeño vacío de dehesas. Todas (Miajadas, Guareña, Don Benito) estaban situadas en la periferia de la tierra de Medellín, convenientemente alejadas de la Villa. Si pequeñas aldeas como el Villar, Rena, Valverde, Ventosa o Vivares (las tres últimas abocadas a convertirse en despoblados) estaban ya documentadas, entre 1305 y 1325, la aparición de Don Benito no podía estar muy alejada de esas mismas fechas.

El conferenciante formulaba otras dos propuestas que, a mi entender, eran especialmente acertadas. Rompiendo con la tendencia predominante de situar el *núcleo germinal* del primitivo poblamiento aldeano en los aledaños del cerro de los mártires, Clemente pensaba que la trama urbanística del pueblo se había construido a partir (y alrededor) de la Plaza (página 5). Respecto al topónimo que había dado al pueblo su nombre, el profesor de la UEX apuntaba que Don Benito había surgido en tierra concejil, y nunca había tenido ninguna dependencia señorial (páginas 12 y 13). No era nada excepcional que algunos espacios comunales, se designasen con nombres de personas. Como en el caso del cercano Martín Sancho. Pero en el caso de Don Benito, el personaje que había dado su nombre al lugar, era desconocido. Y si resultaba muy improbable la existencia de un hipotético *señor* favorecido (en tierra concejil) por el repartimiento de bienes y tierras (tras la reconquista cristiana de Medellín), no era una tarea fácil, intentar resolver el enigma.

Un año después, en 2007, la Diputación de Badajoz publicaba un profundo y amplio estudio de Julián Clemente Ramos sobre toda la comunidad de Medellín y que, por tanto, desbordaba el reducido ámbito dombenitense. Su título: "La tierra de Medellín (1234-c. 1450) Dehesas, ganadería y oligarquía". En este libro, el profesor de la UEX explicaba cómo se había ido estructurando el espacio productivo de la comunidad de villa y tierra, tras la conquista cristiana del territorio, en 1234. Desde la Villa, se impulsarían dos formas, complementarias y diferentes, de ocupación del terrazgo agrario: las dehesas y las aldeas (páginas 26 y siguientes). Las primeras, ocupaban amplios espacios dedicados preferentemente a actividades pecuarias. Las segundas, con un terrazgo más reducido, se orientarían a la labranza. Entre mediados del siglo XIII y finales del XIV, la evolución del territorio fluctuó entre ambas formas, que no eran tan diferentes entre sí como pudiera parecernos (por su diferente denominación). Muchas dehesas contaban con caseríos y hasta con torres con fines defensivos. En cuanto a las aldeas, sus reducidos cascos solían estar conformados por un mosaico de casas, corrales, cortinales y huertos, que no les diferenciaba demasiado del de las dehesas, con población permanente. Algunas de estas dehesas terminarían convirtiéndose en aldeas, como así sucedió en el caso de Valdetorres. Y, a la inversa, más de una aldeilla, terminaría convirtiéndose (a lo largo de los siglos XIV y XV) en dehesa. Así sucedería en los casos de Martín Sancho, Aldehuela, Ventosa, Vivar, Don Salvador y Valverde (páginas 48 y ss.).

Todas las aldeas que iban a prosperar más, tenían una ubicación periférica respecto a la Villa matriz. Tal era la situación de las de más antigua fundación (Aldeanueva, Miajadas) y de las de aparición algo más tardía (Guareña, Don Benito). Aunque, el calificativo de *tardía* viene motivado, sobre todo, por la escasez de documentos anteriores a 1390; lo que no ha permitido datar, con precisión, la aparición como aldeas, ni de Don Benito ni de Guareña. En contraste, su importante peso demográfico en el siglo XV, hace presumir (en ambos casos) un origen relativamente temprano. Todos estos pueblos de labradores (al margen de sus pequeñas o grandes diferencias) irían reduciendo poco a poco, el inicial predominio del *adehesamiento*, en la tierra de Medellín. Y la acabarían configurando con una complejidad espacial y organizativa cada vez mayor.

En las "Actas de las jornadas de Historia de las Vegas Altas" (año 2009), Fernando Díaz Gil, publicaría un artículo sobre "Medellín y la Orden de Alcántara (1234-1305)" (páginas 395 a 403). El objetivo del mismo era analizar las estrechas relaciones entre el concejo de Me-

dellín y la Orden de Alcántara, que oscilarían entre el entendimiento (mientras la tenencia de Medellín estuvo *a título particular* en manos del Maestre de Alcántara Pedro Yáñez) y el enfrentamiento (lavrado primero y abierto después) entre ambas instituciones, que las llevaría a casi medio siglo de querellas (entre 1259 y 1305). La partición de términos efectuada en 1259, con cierta parcialidad (ya que fue encomendada a los jueces y alcaldes de Medellín y Trujillo), impulsaría a apuntalar los extremos de sus respectivos dominios, tanto a los *alcantarinos* como a los *metelinenses*. En la década de 1260, desde Magacela se estimularía la fundación de la Haba y el Pozuelo, mientras que Medellín haría lo propio en los límites orientales de su término. Así surgirían, antes de 1270, tanto Aldea nueva como Don Benito (páginas 399 y 400). Aldeanueva (de Medellín) estaba emplazada en un lugar estratégico para controlar el acceso desde el cauce del Guadiana a las tierras de la Serena. Por eso, el concejo de Medellín, iba a promover especialmente el desarrollo de la que era consideraba como "*su mejor aldea*". Y la Orden de Alcántara reaccionaría, tratando de conseguir la cesión de Aldeanueva, lo que finalmente lograría (tras un tormentoso litigio iniciado en 1303 y completado en 1305). Es entonces cuando, la aldea de Don Benito, iba a heredar el papel que había desempeñado hasta entonces la primitiva Villanueva (nota 18 a pie de la página 400). Y se iba a beneficiar de ello, al convertirse en el enclave oriental del alfoz metelinense (página 402). A tenor de todas estas informaciones, me permito un inciso meramente personal: es la primera vez que he visto proponer una fecha tan temprana para la fundación de Don Benito, lo que entraña la dificultad añadida de la ausencia de referencias, sobre el lugar, en los documentos coetáneos, tanto públicos como privados. Pero, volveremos a ocuparnos de esta cuestión, al finalizar este artículo.

Fernando Díaz Gil escribiría otro artículo ese mismo año (2009), que sería publicado al año siguiente (*II Encuentros de Estudios Comarcales, Vegas Altas y La Serena*, 2010) con el título de "Una cuestión toponímica: Villanueva de la Serena en el siglo XIV" (pp. 139-153). El objetivo del articulista era analizar los sucesivos cambios de nombre por los que fue pasando la aldea villanovense. Conocida inicialmente como Aldeanueva (con o sin el sobrenombre de *Medellín*) pasaría a llamarse (a partir de su cesión, en 1305) como Aldeanueva *de los freyres*, nueva denominación que solo perviviría hasta 1313. A partir de ese año sería conocida como Villanueva, aldea de Magacela. Desde 1379 ostentaría el título inequívoco de Villa, y finalmente, en 1389 sería conocida con su topónimo actual de Villanueva de la Serena. Siguiendo el mismo esquema del artículo anterior, Díaz Gil expondría las consecuencias de la delimitación de términos de 1259, que iba a tener como principal consecuencia la fundación de Aldeanueva, entre 1260 y 1270. Y (también) la de Don Benito (páginas 142 a 144). Hipótesis, que como ya hemos dicho antes, estudiaremos al final de este escrito. Igualmente se detendría (páginas 144, 145 y 146) en la génesis y desarrollo del proceso de cesión de Aldeanueva a Magacela. A continuación, (en la página 148), se atrevía a efectuar una reconstrucción aproximada de cómo debería haber sido esa aldea, a comienzos del siglo XIV. Un pequeño pueblo habitado por no más de cincuenta vecinos, cuyas viviendas y corrales se arremolinarían en torno a una pequeña iglesia (construida entre los siglos XIII y XIV) que sería sustituida por el actual templo parroquial de la Asunción, en el siglo XVI. Todo lo cual resulta interesante y útil para nuestro propósito, porque las condiciones iniciales del Don Benito de principios del siglo XIV, no deberían haber sido muy diferentes de las de Villanueva.

En Junio de 2012, Daniel Cortés González y Francisco M. Parejo Moruno publicaban (en la *Revista de Historia de las Vegas Altas*, nº 2, pp. 52 a 64) un amplio y documentado artículo con el título de "Los orígenes de Don Benito: entre la leyenda y la historia". Este trabajo perseguía como principales objetivos revisar las hipótesis fundacionales y buscar pruebas e indicios que reforzaran o debilitaran dichas hipótesis. Partiendo de los estudios recientemente publicados (algunos de los cuales ya se han ido exponiendo a lo largo de este artículo), los dos investigadores distinguían entre aquellos que se limitaban a aportar información

de mayor o menor valía y, aquellos otros que, con un manejo más ágil y escrupuloso de las fuentes y con una metodología más sólida, habían abordado los inicios de la historia dombenitense, consiguendo retrasarla, en el tiempo. A su vez, Parejo y Cortés, realizaban un amplio *rastreo* por varios grandes archivos históricos, para intentar documentar las diversas hipótesis circulantes sobre la fundación de Don Benito.

Entre las diversas teorías citadas por los dos autores, destaca, por su interés, una hipótesis (poco conocida y difundida) sobre la procedencia de los primeros pobladores de Don Benito (páginas 56 y 57). Según esta teoría, formulada ya por Antonio Sánchez Nieto, varios señores habían establecido, desde mediados del siglo XIII, en los terrenos donde luego surgiría Don Benito, varios asentamientos. Y en cada asentamiento habrían construido una ermita (Guillermo Paniagua Parejo, *Un paseo por Don Benito con Don Antonio Sánchez Nieto*, 2012, pp. 29 y 30). Lo curioso es que el profesor Mora Aliseda también era conocedor de dicha teoría. Durante los años 1993 y 1994, había tenido que visitar varios archivos para poder realizar su trabajo sobre Don Benito (publicado en 1995). Y, en uno de ellos, había visto un documento que hablaba de las siete ermitas existentes en los años de la fundación del pueblo. Solo dos de estas hipotéticas ermitas (la de los Mártires y la de San Gregorio) coincidirían con las que, sin lugar a dudas, habían existido en la antigua aldea de Don Benito. Al final de este escrito, utilizaremos estas curiosas teorías (sobre las siete ermitas) para arrojar más luz sobre los orígenes de nuestro pueblo e intentar encajar las distintas piezas del *rompecabezas*.

En 2014, en el nº 34 de la Revista "Ventana Abierta" de la Asociación Amigos de la Cultura Extremeña (páginas 23 a 25), Antonio Sánchez Nieto, escribiría, con el título de "Conjetura verosímil", un breve (pero interesantísimo) artículo, sobre el discutido origen del antropónimo Don Benito. Vaya por adelantado que personalmente coincido con su argumentación y sus conclusiones. Pero ¿Cuáles eran estas? Talavera de Méjico había buscado un "DON" que encajara con el nombre Benito y como otros muchos, no lo había encontrado. Sánchez Nieto lo encontraría repasando el Episcopologio Placentino. Entre 1332 y 1343 fue Obispo de Plasencia Don Benito, conocido (a partir de 1340) como *el de los Benimerines*, por la ayuda prestada al Rey en la batalla del Salado. El Obispado de Plasencia, desde la cesión (en 1303) de *Aldeanueva* a la Orden de Alcántara, debió de darse prisa en repoblar las tierras limítrofes de la comunidad de villa y tierra de Medellín, de acuerdo con su concejo. Fruto de ese afán, sería la creación de una aldea que ocuparía el puesto desempeñado, hasta entonces, por Villanueva. El autor del artículo, lo concluía cotejando las siguientes fechas y circunstancias: la rápida colonización de lugares diocesanos (a partir de 1305), la fecha probable de la existencia de la aldea dombenitense (en torno a 1335, si nos atenemos a la donación de Doña Blanca, efectuada hacia 1393, cuando esta señora tendría cerca de sesenta años) y los nombres de los Obispos que se sucedieron al frente de la diócesis placentina (de 1305 a 1343). Se daba tal cúmulo de coincidencias, que se podía conjutar (con verosimilitud) que quién había prestado su nombre a nuestro pueblo había sido el Obispo Don Benito.

3.- Conclusiones.

Llegados a este punto, ya va siendo hora de que expongamos nuestras conclusiones. Pero antes, conviene recordar lo que los historiadores pretendemos conseguir con nuestras investigaciones. Intentamos reconstruir el pasado con los datos de que disponemos y con las conjeturas que estos nos pueden permitir. Esta reconstrucción es (inevitablemente) incompleta y debe ser revisada en el momento en el que aparezcan nuevos testimonios que invaliden las hipótesis formuladas. Con bastante frecuencia nos encontramos como los criminalistas que se esfuerzan en desentrañar sucesos delictivos poco claros. Como a ellos, nos sobran dudas y nos faltan datos; y los que tenemos no encajan del todo en el complejo rompecabezas. Pero, vamos a intentar encajarlos.

¿Cuándo apareció la aldea de Don Benito? Podemos acercarnos al momento aproximado de su fundación de dos maneras diferentes. Una, la más segura, nos llevaría hacia atrás, en el tiempo, desde las fechas más cercanas (de las que es fácil disponer de suficiente documentación), a las más alejadas. La otra, más insegura, partiría, por el contrario, desde las fechas más antiguas (de las que sabemos muy poco y hasta nos resultaría difícil recabar datos indirectos), a las más recientes. Si elegimos la primera vía, debemos iniciar *la ruta* en la última década del siglo XIV. Los documentos más antiguos en los que se menciona a Don Benito o a sus gentes, están datados entre 1391 y 1460. Rozas en un inventario de propiedades de 1391. Venta de una heredad por varios vecinos de Medellín residentes en Don Benito, en 1392. Compraventa con alusiones a casas de la Plaza, linderas con otra casa perteneciente a una cofradía, en 1400. Cesión de una dehesa por Doña Blanca, hacia 1395 y antes de 1408. Acensamiento de otra dehesa por Fernando de Antequera, en torno a 1393 y antes de 1412. Concesión del título de caballero a un dombenitense, en 1431. Presencia de dos alcaldes, en la toma de posesión del señor de Medellín, en 1446. Donación de una casa al cura de la Iglesia de Santiago, con referencias a casas y heredades de una persona ya fallecida, en 1460. Hasta aquí los datos directos. Veamos ahora la información indirecta que podemos obtener de ellos. Las rozas eran un claro indicador de un terrazgo en expansión, algo incompatible con una fundación reciente de la aldea. Las cofradías eran propias de las villas. La existencia de las mismas, en una aldea, constituía un inequívoco indicio de un poblamiento *antiguo*, en dicho lugar. Si suponemos que Doña Blanca era de Don Benito y que en la fecha de la donación tendría ya cierta edad, debió haber nacido antes de 1350. El que Don Benito, en 1446, estuviese representado por dos alcaldes cuando, casi todas las demás aldeas solo lo estaban por uno, era un signo evidente de su preeminencia, algo del todo imposible en un lugar de reciente formación.

Todo apunta, pues, a que Don Benito, debió surgir en la primera mitad del siglo XIV, en una coyuntura favorable, dado que el territorio de Medellín se encontraba, entonces, en un claro proceso de crecimiento económico y demográfico. Miajadas, un caso mucho mejor documentado (y que ya contaba con cincuenta vecinos cuando se fundó su Iglesia, en 1348) constituye el ejemplo más parecido a Don Benito, ya que ambas aldeas tenían en común, muchas similitudes. Don Benito, además, por su situación, podía atraer más fácilmente a nuevos pobladores que Miajadas, por la cercanía, de esta última, a las sierras de Montánchez y Santa Cruz, infestadas de golfines (bandoleros). Si, hasta pequeñas aldeas, como el Villar o Rena, estaban ya documentadas antes de 1325, la aparición de Don Benito, no pudo producirse lejos de esa fecha. Una fundación posterior habría supuesto un crecimiento poblacional demasiado rápido, algo improbable teniendo en cuenta la coyuntura desfavorable ligada a la peste negra de 1349.

Si elegimos la segunda vía (para acercarnos a la aparición de Don Benito), tenemos que recorrer el camino inverso, de lo más alejado (en el tiempo) a lo más cercano. Es el más inseguro porque carecemos de documentación específica. No nos queda más remedio que acudir a fuentes indirectas y muy cercanas en el espacio. Porque la fundación (hacia 1270) de la Aldea nueva (de Medellín) y su posterior cesión a la Orden de Alcántara (en 1305), tienen bastante que ver con los orígenes de Don Benito. Si suponemos que poco después de 1270, se establecieron varios asentamientos en forma de caseríos en las tierras donde luego se asentaría Don Benito, no vamos a encontrar ninguna información que lo pueda corroborar. Tampoco existe ninguna mención documental, en 1305. En el deslinde no se hacía ninguna alusión a Don Benito. Pero ¿y si acudimos a la teoría de las *siete ermitas*? No es que yo acepte sin más la existencia de las mismas. Seguramente solo se trate de una leyenda. Aunque las leyendas siempre encierran un fondo de verdad. Nuestro pueblo podría haber existido en forma de alquerías más o menos aisladas, sin llegar a constituirse, formalmente, como aldea y sin su nombre actual. Y eso, antes de 1305, y con seguridad, después. La falta de límites naturales que hiciesen de barrera con Villanueva (cedida a la Orden

de Alcántara en esa última fecha) hace poco probable, que el concejo de Medellín dejase pasar el tiempo sin asegurarse el control efectivo y el poblamiento de unas tierras ricas y, muy apetecibles, para sus incómodos vecinos de la encomienda de Magacela.

Una y otra vía nos han llevado a barajar unas fechas muy similares. Entre 1330 y 1340, debió de fundarse la aldea de Don Benito, seguramente, a partir de varias alquerías y caseríos preexistentes, de los cuales, hoy por hoy, no sabemos, prácticamente, nada.

¿Porque ese nombre? ¿De quién procedía ese antropónimo? Martín Sancho y Don Benito tienen en común el haber surgido en tierras de propiedad comunal. Por eso, el primero, sería conocido con el nombre de uno de sus primeros pobladores, sin el Don delante, al tratarse de un labrador. El segundo, en cambio, recibió un nombre que no encajaba con el estatus jurídico de esas tierras, que, como en el caso anterior, no tenían dependencia señorrial alguna. En aquella época el Don solo lo usaban los señores y los eclesiásticos. Y, casualidad de casualidades, el Obispo elegido, en el año 1332, para regir la diócesis de Plasencia, se llamaba Benito. Sabemos, además que nos topamos (al igual que en el caso de la mayoría de sus predecesores al frente de la diócesis) con un activo prelado, que gozaba de gran predicamento e influencia en la Corte Real. Si, poco después de 1305, el obispado placentino y el concejo de Medellín se aunaron para actuar, con gran presteza repobladora, en sus tierras limítrofes con la Orden de Alcántara, no tiene nada de extraño que la aldea resultante de esos esfuerzos conjuntos, recibiera el nombre de su Obispo, Don Benito. Probablemente, al ser fundada, en torno a 1335, año más, año menos.

¿Qué tuvieron que ver, entre sí, los poblados de Don Benito y Don Llorente? ¿Qué ocurrió para que el primero de ellos se consolidara y el segundo terminase desapareciendo? Ya sabemos que ambas aldeas tuvieron un origen diferente y coexistieron durante bastante tiempo. Es posible que Don Llorente surgiese mucho antes que Don Benito, en torno a una torre de vigilancia (reutilizada luego para fines diferentes) que controlaba el paso por el vado ancho del Guadiana. Pero lo que sí es seguro es que Don Benito no fue fundado por sus vecinos de la aldea ribereña del gran río. Lo que no excluye que bastantes de ellos emigrasen aquí cuando se inició el declive de su aldea. Este declive tuvo bastante que ver con la escasez de tierras cultivables y con las negativas consecuencias, para Don Llorente, de una dependencia señorrial, ajena a Medellín. Pero, yo quisiera apuntar otra explicación, no excluyente, sino complementaria de las anteriores. Los regidores de Medellín nunca estuvieron interesados en potenciar el poblamiento en el río Guadiana, aguas arriba de la Villa. La prueba es la destrucción, en el siglo XIII, del castillo musulmán de Mojáfar, que no sería reedificado después. Estaba situado en las márgenes del río, cerca del vado que comunicaba la Serena con las tierras al norte de su cauce. Don Llorente estaba también junto al río, bastante cerca del puente de Medellín. En cambio, Don Benito no tenía ese inconveniente. Y además su situación, frente a la aldea cedida a la Orden de Alcántara, era inmejorable. La suerte de Don Llorente, estaba, pues, echada.

¿Dónde se inició el asentamiento de los *pioneros* de la aldea dombenitense? ¿En el cerro de los mártires o cerca de la charca que desaguaba, por el Arroyazo, hacia las Albercas? No lo sabemos con seguridad. Yo me inclino más por la propuesta del profesor Clemente Ramos. La Plaza es un elemento crucial en la trama urbanística de todas las ciudades. Don Benito, debió surgir en torno a ella, cerca de regatos y arroyos, en una intersección de veredas y caminos que comunicaban, entre sí, a Medellín, Villanueva, Magacela y Don Llorente. Junto a esta plaza debió de construirse, a mediados del siglo XIV, la primitiva Iglesia de Nuestro Señor Santiago. Sabemos que existía ya, antes de 1460. Las obras de la iglesia actual se iniciaron un siglo después (1535). El templo antiguo debió de consistir en una pequeña iglesia con una torre de estilo mudéjar, parecida a las de Don Llorente, Rena o Santiago, en Medellín. No tenemos documentación que nos informe del año en que se creó la parroquia dombenitense de Santiago, como en cambio sí disponemos de ella, en el caso de la de Mia-

jadas. Esa pequeña iglesia debió quedar soterrada debajo de la imponente fábrica del templo actual. Un caso muy similar al de Villanueva y su parroquia de la Asunción; como la de Don Benito, construida en los siglos XVI y XVII, y precedida por una pequeña iglesia edificada más de dos siglos antes.

La propuesta contraria, que el poblamiento se originó más al sur, en torno a la ermita de los Mártires, San Fabián y San Sebastián, ha gozado de bastante predicamento. Pero, yo, al igual que Clemente, la considero menos probable. Casi todas las calles más antiguas del pueblo (de las que tenemos información de su existencia, en el siglo XVI) están cerca de la Plaza y ninguna, en los aledaños de San Sebastián. Las ermitas solían construirse a las afueras de las poblaciones y nunca, en el centro de las mismas. Huellas de poblamiento romano existen en todo el término municipal (como es el caso de la *Majona*) y no solo en el cerro de San Sebastián. Tampoco, en este cerro, reside la mayor altura del pueblo. La cota de 294 metros de altitud, la comparte con algunas calles, situadas al este del Barrial. Esto no significa excluir del todo esta hipótesis. Si damos cierta credibilidad a la teoría *de las siete ermitas*, es probable que antes de la fundación de la aldea, existiesen varios caseríos no contiguos. Uno de ellos, sería el de los mártires; cuya ermita, es muy posible que fuese fundada desde Medellín, antes incluso de la aparición de nuestro pueblo.

No quiero concluir este artículo, dejando del todo de lado, otras curiosidades, sobre nuestro pasado. Ya sabemos que la patrona de Don Benito era la Virgen de la Piedad, cuya ermita se situaba en el suroeste de la aldea, cerca de la actual glorieta de Cuatro Caminos. Pero, también nos consta que, en esa especial devoción de sus habitantes, fue precedida por la Virgen de la Antigua. La donación de Doña Blanca, es la mejor prueba de ello. Y finalizo con una última consideración, al hilo de todo ello. No resulta difícil entrever un clarísimo paralelismo entre la actuación de las dos benefactoras de Don Benito. La generosidad de Dª. Blanca Rodríguez de Villalobos, a finales del siglo XIV, volvería a repetirse, cinco siglos después, con una actuación similar de Dª. Consuelo Torre-Isunza. (Sobre el testamento de esta última señora, Juan Ángel Ruiz Rodríguez, publicó, en 2008, un documentado artículo, titulado: "El legado testamentario de doña Consuelo Torre Isunza", pp. 103 a 122, Actas del I encuentro de Estudios Comarcales Vegas Altas, la Serena). Sobre Dª. Consuelo sabemos bastante. En cambio, de Dª. Blanca, muy poco. Esperemos poder seguir progresando en el conocimiento de su persona y en el de la aldea en la que, probablemente, nació.

BIBLIOGRAFÍA

ARCOS FRANCO, José Mª., (2002). "El santuario de Nª. Sª de la Antigua de la Haba". *Revista de Estudios Extremeños*, Vol. 58, nº 2, Diputación de Badajoz, pp. 639-666.

BERNAL ESTÉVEZ, Ángel (2002). "Don Benito en la primera mitad del siglo XVI" *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*, Tomo XII, Cáceres, pp. 181-295.

CARMONA CERRATO, Julio (2001). *La lucha por el poder municipal en el Condado de Medellín (el caso de Don Benito y el resto de aldeas. Siglos XV y XVI)*. Don Benito, Fondo editorial de la Delegación de Cultura, Ayuntamiento.

CARMONA CERRATO, Julio (2002). *La aldea de Don Benito a mediados del siglo XVI*. Badajoz, Diputación Provincial.

CARMONA CERRATO, Julio (2005). *La Aldea de Don Llorente y sus vínculos con Don Benito (de la leyenda a la historia)*. Don Benito, Fondo editorial del Ayuntamiento.

CAVELLO de los COBOS y MANCHA, Luis Mª. (1997), "Hernán Cortés y Don Benito". *Revista de Estudios Extremeños*, vol. 53, nº 3, Badajoz, pp. 839-866.

CLEMENTE RAMOS, Julián (2006). *Orígenes históricos de Don Benito*, conferencia del Ciclo sobre "Don Benito, su historia". Don Benito, Ayuntamiento, pp. 1-14.

CLEMENTE RAMOS, Julián (2007). *La tierra de Medellín (1234-c.1450). Dehesas, ganadería y oligarquía*. Badajoz, Diputación Provincial.

CORTÉS GONZÁLEZ, Daniel y PAREJO MORUNO, Francisco (2012). "Los orígenes de Don Benito: entre la leyenda y la historia". *Revista de Historia de las Vegas Altas*, nº. 2, Grupo de Estudios de las Vegas Altas (GEVA), pp. 52-64.

DÍAZ GIL, Fernando (2009). "Medellín y la orden de Alcántara (1234-1305)", *Actas de las Jornadas de Historia de Las Vegas Altas: La Batalla de Medellín* (28 de marzo de 1809). Medellín-Don Benito, Diputación Provincial de Badajoz, pp. 395-403.

DÍAZ GIL, Fernando (2010). "Una cuestión topográfica: Villanueva de la Serena en el siglo XIV". *II Encuentros de Estudios Comarcales, Vegas Altas, La Serena y la Siberia, 2010*. Don Benito-Valle de la Serena, Federación de Asociaciones SISEBA, pp. 139-153.

GARCÍA OLIVA, María Dolores (1995). "La época bajomedieval en Don Benito", en Julián Mora Aliseda y José Suárez de Venegas Sanz (dirs.), *Don Benito. Análisis de la situación socio-económica y cultural de un territorio singular*, Mérida, Editora Regional de Extremadura y Ayuntamiento de Don Benito, vol. 1, pp. 247-283.

GONZÁLEZ CUESTA, Francisco (2002). *Los Obispos de Plasencia. Aproximación al Episcopologio Placentino I*. Plasencia, Ayuntamiento.

MARTÍN RECIO, Delfín (1998). *Santiago: una parroquia con historia*. Don Benito.

PANIAGUA PAREJO, Guillermo (2012). *Un paseo por Don Benito junto a Don Antonio Sánchez Nieto*. Madrid, autoedición.

SÁNCHEZ NIETO, Antonio (2014). "Conjetura verosímil", *Ventana Abierta*, Revista de la Asociación Amigos de la Cultura Extremeña. Don Benito, pp. 23-25.

TALAVERA MEXÍAS, Fernando (1962). "Sobre Don Benito y su nombre" (*Aportación al esclarecimiento del origen de una ciudad*), nº. 14, Revista *DON BENITO, Boletín de información de la Biblioteca Francisco Valdés*. Don Benito, Ayuntamiento, pp. 11-18.

TALAVERA MEXÍAS, Fernando (1981). "Postdata al pasado de Don Benito", Revista *Ventana Abierta*, nº. 2. Don Benito, "Asociación Amigos de la cultura extremeña", pp. 11-15.

TORRES y TAPIA, Frey Alonso de, *Crónica de la Orden de Alcántara*, 2 vols., Mérida, Asamblea de Extremadura, 1999 (facsímil del original de 1763).